

EL CRISOL GRIEGO

La escalada de la crisis en la eurozona en los últimos meses de 2011 ha producido espectaculares conmociones en el paisaje político. En menos de una quincena, el primer ministro griego Yorgos Papandreu había anunciado un referendo sobre las condiciones punitivas de un préstamo acordado en la cumbre europea el 27 de octubre; sin embargo, abandonó el plan tras la humillación pública a la que lo sometieron Sarkozy y Merkel en la cumbre del G20 celebrada en Cannes el 4 de noviembre, y dimitió dos días después. El 10 de noviembre instalaron a Lucas Papademos, ex jefe del Banco de Grecia y ex vicepresidente del Banco Central Europeo, a la cabeza de un gobierno denominado de acuerdo nacional. Junto a ministros del anterior gobierno del PASOK, del que varias figuras clave —la más destacable, el ministro de finanzas Evangelos Venizelos— mantenían sus puestos, la oposición de centro derecha, el partido de la Nueva Democracia, ha recibido seis cargos de gobierno, incluidos el de defensa y asuntos exteriores. El gobierno de Papademos incluye también un ministro y dos viceministros del ultraderechista LAOS, que vuelve al poder por primera vez desde la caída de la dictadura militar, en 1974. Por el contrario, los partidos del centro derecha italiano, la Liga Norte y el Pueblo de la Libertad, anunciaban su oposición al denominado gobierno de tecnócratas que el ex comisario de la UE Mario Monti reunió en Roma el 12 de noviembre, tras la forzada partida de Silvio Berlusconi, destruyendo así los planes del PD de centroizquierda, que había esperado entrar en el gobierno al abrigo de Monti.

El resultado en Atenas y Roma estuvo determinado ante todo por la presión externa de los gobiernos alemán y francés, acompañada por el incesante asalto de los mercados de deuda, que han elevado la deuda de ambos países a niveles insostenibles. La instalación primero de Papademos y después de Monti puede considerarse como sendos golpes de Estado incruentos, concebidos y administrados por los dirigentes y los banqueros de la zona euro, de quienes son representantes autorizados. La caracterización que Marx hizo de la Monarquía de Julio entre 1830 y 1848 en Francia —una sociedad anónima para explotar la riqueza nacional», dirigida por y para «la aristocracia financiera» vuelve a ser pertinente¹. Pero la situación social

¹ Karl Marx, «The Class Struggles in France, 1848 to 1850», en *Surveys from Exile*, vol. 2 de *Political Writings*, Londres y Nueva York, 2010, pp. 36-38.

y política en ambos países es claramente distinta. Desde hace dos años, Grecia está en el extremo receptor del programa de austeridad más oneroso jamás implantado en Europa después de la guerra, que ha producido un ciclo de movilizaciones de masa cada vez más radicalizadas desde mayo de 2010, con enormes manifestaciones, huelgas generales y la ocupación de la plaza Sintagma.

La huelga general de 48 horas convocada para el 18-19 de octubre de 2011 confirmó que este ciclo entraba en una nueva fase. De acuerdo con los cálculos más fiables, en torno a 300.000 manifestantes participaron en Atenas y al menos 200.000 en el resto del país, de una población total de 10,5 millones. Las marchas fueron especialmente imponentes en las capitales de provincia. La huelga paralizó todo el sector público y la mayoría de las grandes empresas; casi todos los pequeños negocios y una elevada proporción de pequeñas y medianas empresas se unieron, a menudo a instancias de los jefes. Entre los participantes había trabajadores del sector público y del privado, desempleados, jóvenes, propietarios de pequeñas empresas y autónomos, jubilados. La escala, la difusión y la diversa composición social de las manifestaciones indicaban el apoyo de la mayoría de la sociedad. Los dos días de protestas incluyeron también distintas acciones espontáneas: ocupaciones de edificios públicos, incluidos ministerios gubernamentales; negativa a pagar los nuevos impuestos; prolongadas huelgas de colectivos como basureros y personal hospitalario. La mayor organización de la izquierda radical griega, el Partido Comunista (KKE), y su sindicato, el Frente Militante de Todos los Trabajadores (PAME), organizaron un bloqueo del Parlamento el 20 de octubre.

Se había establecido una dinámica de acción en las calles, que culminaba en las manifestaciones que surgieron el 28 de octubre, día festivo en todo el país. Conocido como el «Aniversario del No», conmemora el rechazo del gobierno griego al ultimátum planteado por Mussolini en 1940 con desfiles en las calles y en las plazas de todo el país, el equivalente al Día de la Bastilla. Este año las manifestaciones se convirtieron en un «No» nacional a la troika formada por UE-FMI-BCE y su riguroso programa de austeridad: las autoridades fueron expulsadas de sus tribunas de dignatarios. El presidente de la República, Karolos Papoulias, figura simbólica de la vieja guardia del PASOK, tuvo que huir de las ceremonias de Tesalónica, adonde había acudido para contemplar el desfile militar nacional. La marcha del ejército fue cancelada; delegaciones escolares, civiles y reservistas marcharon en su lugar, muchos con el puño en alto, aclamados por la multitud. Los lemas adoptados por los manifestantes de todo el país enlazaban el «no» de 1940 con la situación actual, equiparando los líderes actuales a los colaboracionistas en tiempos de guerra; gritos y canciones de la Resistencia se mezclaban con los de la lucha contra la dictadura militar, mientras ante multitudes jubilosas ardían banderas alemanas y de la UE. Se había cruzado un umbral simbólico: parecía que grandes sectores de la sociedad establecían una conexión entre los elementos sociales y nacionales de la protesta, enla-

zando el presente con la memoria popular. En respuesta a esta situación, un agitado Papandreu sugirió su arriesgada iniciativa de referendo, que resultó fatal.

¿La excepción helena?

¿Por qué Grecia —y no, pongamos, uno de los países ex comunistas recientemente integrados, Eslovaquia o Eslovenia— ha resultado ser el eslabón más débil de la zona euro? Las respuestas radican en su senda de desarrollo histórico más prolongada, así como en el auge crediticio en el tiempo del euro. El derrocamiento de la Junta griega en 1974 provocó el fin de un ciclo represivo que había empezado con el comienzo de la Guerra Civil en 1946, y que se podría decir que databa incluso de más lejos, el régimen de Metaxas a finales de la década de 1930. La «Dictadura de los Coroneles», que habían tomado el poder en 1967, no fue en ese sentido sino el último episodio del sistema autoritario, y marcó la agonía de esta secuencia histórica. La caída de la Junta produjo, por lo tanto, una sensación de liberación muy desproporcionada a su duración de siete años; el periodo conocido como *metapolitefsi* fue de particular efervescencia y radicalización en la sociedad griega, un momento catártico muy diferente a la Transición posfranquista en España o, de hecho, a la Revolución de los Claveles en Portugal.

Pero los cimientos sociales del antiguo régimen permanecieron en gran medida en su lugar, no solo bajo el gobierno del partido conservador de la Nueva Democracia en la segunda mitad de la década de 1970, sino también durante el largo gobierno del PASOK a partir de 1981. Históricamente, el gran capital griego siempre había tenido un carácter mercantil diaspórico. Concentrado en el transporte marítimo internacional y en la banca, mostraba poco interés por la inversión productiva dentro del país. Al mismo tiempo, la devastadora derrota de la izquierda en la Guerra Civil hacía que la Grecia de posguerra no tuviese nada comparable al acuerdo social forjado en otras partes de Europa en las décadas de 1950 y 1960: no había Estado de bienestar, ni partido socialdemócrata; los niveles salariales seguían siendo miseramente bajos y los regímenes laborales muy represivos. La sindicalización era prácticamente imposible en el sector privado, y los sindicatos oficiales del sector público estaban rígidamente controlados: los últimos dirigentes legítimamente elegidos por los afiliados fueron detenidos y fusilados en 1946. Grecia también había experimentado una modernización capitalista especialmente brutal: el campo quedó drásticamente vacío, en parte debido a la Guerra Civil; las tácticas contrainsurgentes, aplicadas bajo la firme supervisión de Estados Unidos, provocaron la completa expulsión de los aldeanos. Millones de griegos emigraron al extranjero, y varios millones más se trasladaron a las ciudades, sobre todo a Atenas, que experimentó una apresurada expansión después de la guerra. Esto explica en gran medida la extrema concentración de sus habitantes, de los que casi la mitad reside en la capital.

El compacto social sobre el que habían descansado los gobiernos griegos en las décadas inmediatamente posteriores a la guerra excluía a la clase obrera y al campesinado, y se basaba, por el contrario, en el apoyo de la pequeña burguesía: negocios familiares, profesionales independientes y, a partir de la década de 1960, pequeños propietarios del naciente sector turístico. Esta capa constituía la base clientelar privilegiada de los partidos conservadores que gobernaron el país en las décadas de 1950 y 1960, y recibió ventajas inalcanzables a la masa de la población; entre ellas se incluían exención de impuestos, acceso a cargos del sector público –distribuidos por los principales partidos de derechas– y cierto nivel de movilidad social a través de la educación. Gracias a este compacto, la estructura de clases griega conservó durante mucho tiempo una peculiaridad distintiva respecto a la de otros países europeos: el tamaño relativamente extenso de la pequeña burguesía hizo que los asalariados no se convirtieran en la mayoría de la población hasta los años setenta. La estrecha base impositiva y la falta de sistemas de seguridad social también reforzaban otra peculiaridad: el reducido tamaño del Estado griego, especialmente pequeño si dejamos a un lado su hipertrofiado aparato represivo.

Cuando la Junta salió de escena, el desempleo había alcanzado proporciones crónicas, y los defectos del modelo existente eran evidentes. Si bien el anterior régimen había podido contener las tensiones y el conflicto que producía, con el nuevo régimen democrático ya no fue sostenible. En consecuencia, el gobierno conservador instalado en 1974 fue el primero en introducir elementos de pacto social; y el PASOK los amplió cuando llegó al poder en 1981. Entre ellos se incluía la ampliación del escaso Estado de bienestar; la creación de un sistema sanitario nacional; sustanciales aumentos de salarios y pensiones; una ampliación de los servicios públicos, perceptible sobre todo en el campo; y una significativa expansión del sistema educativo. El PASOK aprobó también legislación sindical y reformas universitarias progresistas. Grecia avanzó, en consecuencia, en una dirección socialdemócrata en la década de 1980, un momento en el que la mayoría de los países europeos efectuaban un giro neoliberal. Sin embargo, los gobiernos del PASOK de los años ochenta no tocaron los pilares fundamentales del anterior acuerdo social. No solo el gran capital, sino que incluso los relativamente ricos y las capas medias seguían sin estar sometidos a cargas fiscales. Lo que el PASOK hizo fue en efecto añadir incrementos socialdemócratas a la formación social existente, financiados en parte por los fondos de ajuste europeos. Se hicieron intentos periódicos de frenar el déficit presupuestario; pero esta fase socialdemócrata relativamente generosa, que ayudó al país a recuperarse de décadas de autoritarismo y subdesarrollo, dejó un inevitable legado de endeudamiento público.

La burbuja del euro

El giro neoliberal, por consiguiente, se produjo en Grecia más tarde que en otras partes de Europa. Fue Costas Simitis, primer ministro del PASOK entre 1996 y 2004, ayudado por Papademos en el Banco Central, quien

metió al país en un curso de ventas y liberalización, al tiempo que afirmaba también reducir el déficit, bajar los costes laborales y aplastar la inflación, poniendo al país en línea con los criterios de convergencia de la Unión Monetaria Europea y adoptando el euro en 2001. La liberalización financiera había producido un frenesí de actividad especulativa, haciendo subir el mercado bursátil ateniense a cotas inauditas y transfiriendo grandes cantidades de riqueza a una elite recientemente financiada; la euforia creció aún más con la preparación de los Juegos Olímpicos de Atenas celebrados en 2004. En realidad, como el mundo sabe ahora, las cifras de déficit estaban manipuladas: Simitis y Papademos gestionaron una retribución de 300 millones de dólares a Goldman Sachs para que quitase de las cuentas públicas miles de millones de euros de deudas. Pero incluso aunque Eurostat lo reveló en 2004, las agencias de calificación siguieron dando a la deuda griega una calificación crediticia de triple A. Como España e Irlanda, Grecia se consideraba una historia de éxito en la zona euro, en contraste con las «rigideces» de Francia y Alemania. La banca y las navieras, sus sectores tradicionales, obtuvieron muy buenos resultados durante el auge de la globalización; los bancos griegos expandieron sus operaciones a Rumanía y Bulgaria. Las tasas de crecimiento se dispararon, empujadas por el crédito aportado, en gran medida, por los bancos franceses y alemanes, que alimentaron un auge de crédito a los consumidores griegos. La deuda estatal también se disparó —estabilizándose en torno al 100 por 100 del PIB a partir de 1993— debido a préstamos de bancos nacionales y sobre todo extranjeros. Estos últimos comprendían dos tercios del total. Préstamos franceses financiaron un extraordinario desenfreno en la compra de armamento: entre 2005 y 2009, por ejemplo, Grecia compró 25 aviones de reacción Mirage-2000 franceses y 26 cazas F-16 estadounidenses, compras que suponían el 40 por 100 de las importaciones totales del país².

La música paró con el desplome de 2008 y la consiguiente recesión mundial. La deuda pública empezó a subir drásticamente, cuando el gobierno de Nueva Democracia de Karamanlis, de centro derecha, decidió auxiliar a los bancos y la economía griega empezó a sentir el impacto de la crisis mundial. Los ingresos derivados del transporte marítimo y el turismo se hundieron, el flujo de crédito barato cesó de repente, el PIB cayó un 2,7 por 100 en 2009 y el desempleo subió hasta casi el 9 por 100. Las cifras revisadas de las cuentas nacionales, publicadas por Eurostat en el otoño de 2010, mostraban un déficit en 2009 del 15,4 por 100 del PIB y un endeudamiento público del 127 por 100 del PIB. Enfrentado ya a huelgas y a una oleada de protestas estudiantiles después de que la policía ateniense matase a un niño de 14 años, Karamanlis se negó a imponer el programa de austeridad que los líderes de la zona euro le exigían y convocó elecciones anticipadas. El PASOK volvió al poder con Yorgos Papandreu, hijo de Andreas y educado en Amherst, tras obtener el 44 por 100 de los votos, mientras que Nueva Democracia obtenía un 33 por 100.

² De acuerdo con el Instituto Internacional de Estocolmo de Investigación para la Paz, en 2006-2010, Grecia fue el quinto exportador mundial de armamento.

Con la economía sumida en una recesión cada vez más profunda, el nivel de la deuda pública era claramente inasequible. Una amortización estructurada de las deudas griegas en esta fase habría sido un procedimiento completamente manejable. Fue objeto, sin embargo, de una oposición inflexible no solo por parte de Francia, Reino Unido y el BCE –donde Trichet gritó que provocaría un cataclismo mundial– sino del propio gobierno de Papandreu. En febrero de 2010, cuando Yanis Varoufakis, un respetado economista del PASOK, pidió públicamente que se suspendiese el pago de la deuda, el ministro de finanzas griego lo acusó de difundir «ideas traidoras»³. Ya fuese por debilidad o por vanidad, Papandreu se negó a apoyar una suspensión de pagos estructurada, incluso respecto al endeudamiento para armas en el que había incurrido el gobierno anterior –una «deuda odiosa» bajo todos los puntos de vista– y prefirió poner al país en un tormento de sucesivas medidas de austeridad que le permitían mantener el goteo de préstamos («rescates») de la UE y el FMI necesarios para pagar la creciente carga de intereses. Dos rondas de desmesurados recortes presupuestarios en febrero y marzo de 2010 no consiguieron ralentizar el aumento de los intereses de la deuda griega. Cuando se acercaban los plazos de refinanciación –y con una reestructuración de la deuda todavía firmemente fuera en la agenda– a comienzos de mayo de 2010, Papandreu firmó un Protocolo de Intenciones con la troika: reducción de salarios y pensiones en una cuarta parte, una privación de fondos aun mayor para el sector público, la cual provocó paralización en hospitales, universidades y servicios básicos, como condición para que le concediesen un préstamo de 110.000 millones de euros que los bancos acreedores dispensarían mes a mes. El debate parlamentario sobre el Protocolo suscitó una masiva oleada de huelgas y movilizaciones populares que comenzaron el 5 de mayo de 2010. Como medida reveladora de la vaciedad del partido tras décadas en el poder, solo dos diputados del PASOK votaron en contra.

Movilizaciones

El año siguiente provocó una de las más drásticas caídas del nivel de vida contempladas después de la guerra en Europa. Tanto trabajadores como jubilados han perdido en torno a un tercio de sus ingresos. Los retrasos en el pago de los salarios en el sector privado alcanzan ahora tres meses de media, mientras que las pensiones públicas –entre 500 y 700 euros mensuales– no están siendo pagadas en muchos casos. Los servicios públicos están colapsados: los colegios carecen de libros de texto, algo que virtualmente paraliza la enseñanza, mientras que a los pacientes de los hospitales les dicen que se compren sus propias medicinas en las farmacias. La tasa de suicidios, tradicionalmente una de las más bajas de Europa, ha aumentado un 40 por 100 en un solo año, y la salud de la población se deteriora drásticamente⁴. Se dice que la tasa real de desempleo roza el 25 por 100

³ Landon Thomas, «The denials that trapped Greece», *NYT*, 7 de noviembre de 2011.

⁴ Véase Alexander Kentelenis *et al.*, «Health Effects of Financial Crisis: Omens of a Greek Tragedy», *Lancet*, 22 de octubre de 2011, pp. 1457-1458.

(la oficial es del 18,5 por 100), una cifra que se duplica en el grupo de edad de 15-24 años, mientras que el PIB ha descendido al menos un 12 por 100 desde el comienzo de la crisis, una caída proporcional comparable al efecto de la depresión en la década de 1930.

Las sucesivas huelgas y protestas recibieron nuevo ímpetu en mayo de 2011, cuando miles de personas ocuparon la plaza Sintagma, asumiendo la táctica de las masas egipcias en la plaza Tahrir y de los «indignados» de Madrid. «Los de las plazas» constituían un grupo heterogéneo, compuesto en su mayor parte por votantes desengañados de los dos partidos principales, a los que se unieron sectores de población excluidos del sistema representativo tradicional (trabajadores precarios, desempleados con títulos de enseñanza superior). Pero a finales de la primavera y comienzos del verano convergieron con un movimiento sindical que había recuperado energías. Aunque muchos de ellos se habían burocratizado bajo el tutelaje del PASOK o de ND, los sindicatos siguen teniendo considerable fuerza en Grecia, con una base de afiliados que equivale a la cuarta parte de los trabajadores asalariados. La manifestación del 15 de junio reunió a 300.000 personas en las calles de Atenas, mientras el parlamento se disponía a aprobar otra ronda de medidas de austeridad. Las asambleas populares y los sindicatos rodearon el Vouli y otros edificios públicos, y la policía respondió con una feroz represión. Con las calles de la capital revueltas, el agitado Papandreu ofreció dar paso a un gobierno de «acuerdo nacional». La idea fue rechazada con rotundidad por el líder de Nueva Democracia, Antonis Samaras, que se había opuesto sistemáticamente a las condiciones impuestas por el Protocolo de la troika. Papandreu efectuó entonces una remodelación del gabinete, nombrando ministro de Finanzas a su viejo oponente Evangelos Venizelos. Pero el episodio reveló la lógica de una crisis política cada vez más profunda.

Golpe de Estado incruento

La magnitud del «movimiento de las plazas» en mayo-junio de 2011, y aun más la de la huelga general de octubre y el «Día del No», sugiere las condiciones de lo que Gramsci denominó una «crisis orgánica», en la que «las clases sociales se apartan de sus partidos políticos tradicionales». Dicha crisis surge cuando las masas «han pasado repentinamente de un estado de pasividad política a una cierta actividad»; «la situación inmediata se vuelve delicada y peligrosa, porque hay terreno abierto a las soluciones violentas, a las actividades de fuerzas desconocidas». Ahora se convierte en una «crisis de autoridad»: «la crisis de la hegemonía, o crisis general del Estado»⁵. Enfrentado a esta situación, el sistema político intenta liberarse de las estructuras representativas y de las normas de alternancia parlamentaria en el poder. Gramsci hablaba del «bonapartismo» y el «cesarismo», que

⁵ Antonio Gramsci, *Selection from the Prison Notebooks*, Londres, 1973, pp. 210-211.

pueden imponerse incluso «sin un César, sin un gran personaje “heroico” y representativo».

En un régimen parlamentario, dichas soluciones adoptan la forma de «grandes coaliciones» que relacionan directamente los intereses económicos y sectoriales de las clases dominantes con fracciones de la elite política que han aflojado sus anteriores lazos de partido. En comparación con el fenómeno bonapartista, personalizado y confinado al siglo XIX, estas soluciones ofrecen mayor flexibilidad para construir un bloque de poder que eluda, o altere significativamente, el arbitraje representativo y la legitimidad electoral, sin romper explícitamente con el marco parlamentario existente. Este es el marco en el que deberíamos situar el gobierno de «unidad nacional» encabezado por Papademos. La idea llevaba un tiempo circulando, y se sondeó brevemente, como hemos visto, en junio de 2011. Pero la cuestión solo adquirió verdadera urgencia con el giro explosivo dado por los movimientos populares en octubre. Había para entonces numerosos indicios de conmoción en la maquinaria estatal, desde la parálisis casi completa de la administración pública, exacerbada por la oleada de ocupaciones de edificios estatales, hasta el repentino cese de todo el alto mando del ejército, que no había hecho un secreto de su oposición a los fuertes recortes en el presupuesto militar⁶.

En dichas circunstancias, los líderes vacilantes toman iniciativas que acababan expandiendo el fuego que supuestamente deberían extinguir. El anuncio de un referendo por parte de Papandreu es un ejemplo perfecto de este tipo de gestos. El cambio de política adoptado por el líder del PASOK sembró el pánico en las bolsas y provocó la furia del directorado francoalemán de la UE, comprensiblemente alarmado ante la sola mención de la palabra «referendo»: la UE había salido indemne a duras penas de las consultas populares de este tipo, celebradas en condiciones inmensurablemente mejores que las de Grecia. La humillación sufrida por Papandreu en la cumbre del G20 celebrada en Cannes el 3 de noviembre –insólita para un dirigente europeo– fue la consecuencia lógica de esta ingenuidad democrática falsa, aunque innegablemente tardía.

En el país, el gesto de Papandreu –seguido rápidamente de la presión directa ejercida por los líderes europeos– fortaleció indirectamente a la facción de la «troika interna» del PASOK, que rechazó de inmediato la idea de un referendo y pidió un gobierno de «unidad nacional»⁷. A pesar de haber minado la cohesión de su propio partido, Papandreu ganó puntos contra la oposición de derecha. Enfrentado a una fuerte posibilidad de que venciese el «no» al acuerdo firmado el 27 de octubre, lo cual habría equivalido a votar el impago, o incluso a salir del euro, Nueva Democra-

⁶ Hasta ahora los recortes no han afectado a las compras de armamento por miles de millones de euros.

⁷ Entre sus líderes se encuentran Anna Diamantopoulou, Andreas Loverdos y Giannis Ravgousis.

cia se opuso con fuerza a la propuesta de referendo. Pero con esto, se vio obligada a ceder a las exigencias de «consenso» planteadas por el mundo empresarial y los líderes europeos desde el comienzo de la crisis de la deuda, aunque Samaras ofreció una empecinada resistencia cuando Merkel y Sarkozy le ordenaron escribir una carta señalando que aceptaba las condiciones impuestas el 27 de octubre. Por su parte, la extrema derecha –que desde la primavera de 2010 propugnaba la idea de la «unidad nacional» como medida de fuerza para imponer la «terapia de choque»– experimentaba el momento como un triunfo, que permitía al líder del LAOS, Georgios Karatzaferis, adquirir la respetabilidad institucional que tanto ansiaba. Las formaciones situadas en los márgenes del centro derecha y el centro izquierda –la pequeña, ultraliberal y eurófila Alianza Democrática; la Izquierda Democrática, emergida de una escisión derechista de Synaspismos; los Verdes– también ofrecieron su apoyo, a pesar de negar el voto de confianza debido a la participación del LAOS. Se abrió así el camino a la formación de un gobierno encabezado por el banquero Papademos, encarnación natural de un bloque dominante enteramente sometido a los intereses de las finanzas europeas.

Educado en Atenas y en el MIT, Papademos –miembro también de la Comisión Trilateral– fue gobernador del Banco de Grecia entre 1994 y 2002. Fue, por consiguiente, uno de los arquitectos de la entrada del país en el euro, junto con su mentor político Costas Simitis, de quien se cree que mantiene estrechos lazos políticos con el mundo empresarial alemán. Papademos también estuvo integralmente involucrado en las manipulaciones financieras que permitieron a Grecia cumplir con los «criterios de convergencia» de Maastricht, y que las propias instituciones estadísticas de la UE tan furiosamente criticaron en 2010. Esto no fue obstáculo, sin embargo, para que se convirtiera en vicepresidente del BCE entre 2002 y 2010. Hasta su nombramiento como primer ministro, Papademos ha ejercido de asesor no electo de Papandreu.

Los indicios del neoliberalismo radical que inspira a Papademos y a su séquito pueden recabarse, en primer lugar, en un artículo que publicó en el diario griego *To Vima* y en el *Financial Times* el 23 de octubre, en el que criticaba la propuesta de cancelar el 50 por 100 de la deuda griega en manos de bancos y otras instituciones privadas, adoptado finalmente en la cumbre europea del 27 de octubre⁸. Por el contrario, él proponía atenerse a la cancelación del 21 por 100 sugerida en la cumbre del 21 de julio, una propuesta considerada casi escandalosamente favorable a los bancos y completamente insostenible para Grecia. En lo que al pago de la deuda del país se refiere, sería mejor apostar por la «generosidad» –o el realismo– de Angela Merkel que por la del nuevo primer ministro. En segundo lugar, una de las principales exigencias de Papademos y sus defensores europeos, en medio de su obstinado rechazo al referendo

⁸ Lucas Papademos, «Forcing Greek restructuring is not the answer», *Financial Times*, 23 de octubre de 2011.

propuesto, fue la de que se abandonase la idea de convocar elecciones anticipadas. Esta había sido una de las condiciones para que ND respaldase el gobierno de «unidad nacional», y Samaras había mencionado el 19 de febrero como fecha posible en la declaración hecha inmediatamente después de la formación de dicho gobierno. En este punto sigue reinando la confusión; pero está claro que, en línea con la lógica bonapartista antes señalada, Papademos y la UE no esperan un equipo meramente de transición y con una misión limitada. Desean instalar un gobierno combativo, como resaltaba anónimamente uno de los ex compañeros del primer ministro en el BCE: «En la dirección del gobierno griego, tendrá que aprender a tomar decisiones duras, a disgustar a la gente»⁹. Flanqueado por sus ministros del LAOS y por los fanáticos de la «troika interna», aprenderá con rapidez, sin duda.

La participación de la UE en todo esto merece un comentario específico. Hasta los restos de la soberanía nacional y la democracia que aún existían en Grecia, ya en gran medida formales, pertenecen ahora al pasado. El modo en el que Papandreu fue obligado a retractarse de la promesa de convocar un referendo –después de que los términos de la pregunta que debía plantear e incluso la fecha de la consulta le hubieran sido impuestos de la manera más humillante–, las condiciones de su partida y las sombrías maniobras que condujeron a la formación del gobierno de «unidad nacional»: todo esto constituye un golpe de Estado incruento, el primero cuya planificación y ejecución han sido guiadas por la UE. No parece muy necesario señalar la completa falta de legitimidad democrática del actual gobierno. Pero la tarea que se le ha asignado –aplicar los acuerdos alcanzados el 27 de octubre e imponer medidas de austeridad aún más severas que cualquiera de las aprobadas hasta la fecha, bajo una permanente supervisión de la troika, en medio de una venta de casi todos los activos que le quedan al país– hipotecará a Grecia durante décadas.

Resultados políticos

¿Cómo ha afectado la actual crisis al paisaje político? Las encuestas de opinión en este momento indican una enorme desconfianza en la mayoría de los partidos políticos, y en torno a un tercio de los entrevistados se niegan a manifestar una preferencia. Hay una tendencia general a la fragmentación, que continúa el patrón observado en las elecciones regionales y municipales de noviembre de 2010. En ellas se dio un pronunciamiento alejamiento del PASOK, cuyo porcentaje de voto cayó un 9 por 100 respecto al de las elecciones parlamentarias de 2009. La izquierda radical experimentó notables avances: el KKE pasó del 10 al 14 por 100 en la región de la capital, y al 11 por 100 en todo el país; pero también aumentó el grupo neonazi Alba Dorada, que alcanzó el 5 por 100 en Atenas. Ba-

⁹ Citado en Clément Lacombe y Allain Salles, «M. Papadémos désigné premier ministre en plein chaos politique et économique», *Le Monde*, 12 de noviembre de 2011.

sándose en las proyecciones de quienes indicaron una preferencia en las recientes encuestas, en unas elecciones nacionales el PASOK obtendría en torno al 20 por 100 de los votos, ND en torno al 30 por 100 y LAOS un 6-8 por 100; mientras que los partidos situados a la izquierda del PASOK, si incluimos a Izquierda Democrática, obtendrían entre todos más del 30 por 100 de los votos. Si estos cálculos fuesen correctos, ningún partido obtendría por sí solo una mayoría parlamentaria.

Dichos resultados representarían el hundimiento total del PASOK, que en general ha obtenido en torno al 40 por 100 de los votos nacionales desde su fundación en la década de 1980. Fundado tras la caída de la Junta en 1974, el PASOK se convirtió en partido de masas en la década de 1980; tenía cientos de miles de afiliados, y construyó una maquinaria de partido que hasta hace muy poco estaba imbricada en la sociedad griega. Poseía una fuerte base obrera, por ejemplo en el cinturón industrial del Pireo y en los suburbios occidentales de Atenas. La mayoría de los dirigentes sindicales, en especial en el sector público, estaban afiliados al PASOK, lo cual le permitía a este dominar una notable porción del movimiento obrero. La burocratización de estos sindicatos, y la corrupción que ello suponía, ciertamente contribuyó a que menguase el respaldo; pero en la década de 1990 el partido había dejado de funcionar como organización política de masas. La principal causa había sido la gradual autonomización de su base social, algo que ganó impulso bajo la dirección de Simiitis, con los efectos del modelo que este promovió. Esta evolución explica a su vez la falta de escisiones dentro del partido –si dejamos a un lado una pequeña facción parlamentaria– a pesar de las repetidas rondas de austeridad impuestas por el gobierno de Papandreu. La propia maquinaria electoral a la que ha quedado de hecho reducida el partido, sin embargo, está ahora perdiendo sustancia de manera espectacular.

Nueva Democracia se ha sostenido por el momento mucho mejor. Como el PASOK, también se convirtió en partido de masas en la década de 1980, con una base de respaldo más fuerte en las zonas rurales, tradicionalmente de derechas, y entre la pequeña burguesía. Durante el largo reinado del PASOK, también consiguió mantener su base clientelista; tiene su propio brazo sindical, que incluso hoy es de escala comparable al del KKE. Fueron las bases del partido las responsables de la elección de Antonis Samaras como líder después de la derrota experimentada en las elecciones de 2009, una completa sorpresa para los dirigentes políticos y los medios de comunicación influyentes del país, que habían visto la victoria del hiperatlantista Dora Bakoyanni como una conclusión inevitable. Procedente de una familia de la clase alta ateniense, Samaras estudió en Estados Unidos, y compartió alojamiento con Papandreu en Amherst. Adoptó una dura línea nacionalista respecto a la cuestión macedonia a comienzos de la década de 1990, y durante la crisis de la deuda ha resalado con firmeza la cuestión de la soberanía nacional. A pesar de una apariencia general de neoliberal, y de su explícito apoyo a algunas de las medidas claves del Protocolo –privatizaciones, «reforma estructural» del

mercado de trabajo—, Samaras no votó a favor del programa de austeridad y siguió oponiéndose a las condiciones establecidas en los rescates de la UE, para asombro de la clase política europea. En ese sentido, es posible-mente la única figura de la elite política griega que todavía defiende las tradiciones de la democracia parlamentaria representativa. Solo la intensa presión de Merkel y Sarkozy pareció convencerlo de que respaldase el gobierno de unidad nacional, e incluso entonces insistió con mucha fuerza en que el gobierno de Papademos debe establecer una fecha para las elecciones, algo a lo que este —respaldado por el PASOK y la troika— se ha negado por el momento.

La izquierda fragmentada

La izquierda radical griega, por su parte, se encuentra en una posición paradójica desde el comienzo de la crisis de la deuda. Por una parte, su posición en el paisaje electoral se ha fortalecido, desde niveles ya de por sí elevados en el contexto europeo. Sus activistas tienen una presencia destacada en las movilizaciones populares, aunque el «movimiento de las plazas» resaltara las dificultades para ampliar su influencia a capas sociales situadas fuera de su base tradicional. Sin embargo, no ha conseguido intervenir estratégicamente en la situación política, ni proponer alternativas creíbles a las bárbaras políticas aplicadas a pesar de una oposición tan generalizada.

Dos factores pesan especialmente en este contexto. En primer lugar, la profunda división —o más bien el estado de guerra civil virtual— entre los dos principales componentes de la izquierda radical. El KKE está tenazmente anclado en una sectaria y nostálgica línea estalinista, que sigue dominando su actividad electoral y sus bases. Syriza, Coalición de la Izquierda Radical —una agrupación de diez partidos y organizaciones, el principal de los cuales es Synaspismos— aboga por un enfoque unido; pero ha sido incapaz de poner de acuerdo a sus distintas facciones, y tiende a recaer en declaraciones mínimas de unidad basadas en el simple rechazo a la austeridad¹⁰. Necesario para la acción unida, esto ha demostrado ser insuficiente en lo que a plantear una alternativa a los poderes dominantes se refiere. En Syriza —y especialmente en Synaspismos— la línea mayoritaria es que la deuda debería renegociarse en el plano europeo, sin interrumpir los pagos. Las cuestiones del euro y de la estructura antidemocrática, de hecho semicolonial, de la UE son minimizadas o retrasadas hasta algún momento indefinido del futuro, cuando supuestamente el «movimiento social europeo» habrá cambiado todo el sistema de la UE.

Enfrentados a este punto muerto, algunos elementos del Synaspismos —notablemente la «corriente de izquierda» liderada por el actual portavoz

¹⁰ Synaspismos, la Coalición de Izquierda —no confundir con Syriza, la coalición más amplia creada en 2004— es el resultado de dos escisiones del KKE, en 1968 y 1991. Alcanzó el 5 por 100 en las elecciones de 2007, frente al 8 por 100 del KKE. La mayoría de los otros componentes de Syriza, que incluyen organizaciones maoístas, trotskistas y «movimentistas», se encuentran a la izquierda de Synaspismos.

de Syriza, Panagiotis Lafazanis— y miembros de Syriza que han constituido el Frente para la Solidaridad y la Ruptura, liderado por Alekos Alavanos, en otro tiempo líder del Synaspismos, están rompiendo con el consenso eurófilo. Abogan por una negociación de la deuda nacional «estilo Kirchner», que suponga la suspensión de pagos, acompañada por una salida del euro y la nacionalización del sector bancario; esto permitiría devaluar la moneda, ofrecer una salida de la lógica de «devaluación interna» —esencialmente una reducción drástica de los costes laborales— impuesta por los sumos sacerdotes de la austeridad. Dicha ruptura con las instituciones europeas, sin una salida inmediata de la UE, es necesaria, tanto desde el punto de vista político como del económico, para liberar al país de la supervisión de la troika y restaurar sus funciones democráticas básicas. Este programa, firmemente defendido por Costas Lapavitsas, un economista radicado en Londres, y sus colaboradores, está siendo promovido ya por Antarsya, un grupo extraparlamentario de extrema izquierda, como base de un programa de ruptura anticapitalista¹¹. Sin embargo, a pesar de las importantes convergencias y de su creciente audiencia, al «polo antieuropeo» de la izquierda le está resultando difícil coordinarse y adquirir mayor visibilidad.

Dentro del KKE, la situación es aún más estéril. Tradicionalmente hostil a la UE, el partido se muestra partidario desde hace tiempo de que Grecia abandone la Unión. Pero no obstante ha sido cauto respecto a este tema desde el comienzo de la crisis de la deuda, resaltando que ninguno de los problemas a los que se enfrenta el país puede resolverse mientras el «poder de los monopolios capitalistas» no sea revocado y no se establezca un «poder popular» (bajo la dirección del partido, naturalmente). Esta retórica «izquierdista» sirve de hecho para justificar una práctica quietista en lo que a las movilizaciones se refiere, preocupada ante todo por evitar participar en cualquier acción unificada de la izquierda y por tildar a Syriza y a Antarsya por igual de «fuerzas oportunistas» que están «siguiéndole el juego a la burguesía y a la UE».

En realidad, los líderes del KKE, como los de Syriza, emplean un discurso radical pero incorpóreo, con un ojo siempre puesto en las encuestas. Parecen contentarse con el papel de repositorios pasivos de la ira popular, una posición compartida que ha creado una extraña complicidad, por encima de las virulentas polémicas. En ambos casos, si bien por razones opuestas, lo que se excluye es la idea de una alternativa construida sobre objetivos provisionales, que respondan concretamente a los problemas cruciales planteados por la crisis: la deuda, la pertenencia a la zona euro, el modelo económico, la necesidad de reconstrucción democrática, las cuestiones de la independencia nacional y la relación con la UE. Esta complicidad perversa explica por qué la propuesta de referendo hecha por Papandreu colocó a Syriza y al KKE en una posición difícil, sobre todo cuando parecía

¹¹ Véase Costas Lapavitsas, Annina Kaltenbrunner *et al.*, «Breaking Up? A Route Out of the Eurozone Crisis», informe de *Research on Money and Finance*, noviembre de 2011.

que se plantearían la cuestión del euro y la idea de salida de la jaula de hierro de la UE. Aunque acabaron pidiendo el «no», tanto Syriza como el KKE han optado ahora por convertir la solicitud de elecciones anticipadas en una consigna, con la esperanza de transformar en escaños los buenos resultados que les atribuyen las encuestas.

Este manejo rutinario de una situación extraordinaria en todos los sentidos de la palabra está plagado de riesgos. La formación del gobierno de Papademos, que sella el frente común entre la clase dominante griega y la europea, supone una prueba formidable para la izquierda griega. Lejos de constituir una fuerza marginal, consignada a la función de testigo, la izquierda está ahora investida con una responsabilidad histórica: construir un frente social y político capaz de aceptar el reto presentado por un adversario inestable, y por lo tanto todavía más peligroso. Si elude la tarea, mostrándose incapaz de alterar el *statu quo*, podría muy bien ser barrida de la escena, como todas las fuerzas de oposición en países que han sufrido ya la «terapia de choque».

¿Cuáles son los resultados probables de la crisis griega? El supuesto con creces más probable es la suspensión de pagos. Ahora parece inevitable, y quizá ocurra después de que se haya aplicado el sexto paquete de austeridad. Las propias medidas de austeridad dispararán mayores oleadas de movilización social; aquí es difícil predecir qué formas adoptará cualquier insurrección, y cuál será su contenido político. Pero la probabilidad de que la respuesta griega a la catástrofe social refleje la de, pongamos, la Rusia de Yeltsin, parece poco probable. La griega es una sociedad mucho menos atomizada que la del final de la Unión Soviética, con niveles de movilización popular mucho más elevados. Esto supone, por lo tanto, un resultado mucho más polémico que el de Rusia en la década de 1990, mientras el régimen se esfuerza por mantener el control sobre una población desesperada y en revuelta. Surge entonces la posibilidad de que se produzca un *fuite-en-avant* autoritario; ya la extrema derecha ha propuesto alterar la ley electoral para impedir que la izquierda aumente su presencia en el parlamento, hablando fatídicamente de la posibilidad de que Grecia se convierta en «la Cuba de Europa».

El ejemplo de Argentina se está debatiendo en Grecia últimamente, y el documental *Memoria del saqueo*, realizado por Fernando Solanas en 2004, goza de enorme popularidad. Ciertamente hay en Grecia un vacío político en el que podría encajar una figura parecida a la de Kirchner, quizá procedente de los márgenes del sistema político, en especial si la izquierda sigue paralizada. Y aunque carece de la base de exportación de materias primas que permitió la recuperación económica argentina, Grecia posee otras ventajas: una población muy preparada, infraestructuras relativamente buenas, un sector turístico fuerte, su nivel general de riqueza. Hay diferencias cruciales, sin embargo, que hacen muy difícil prever que pueda hacerse realidad este supuesto. Primero, la medida de integración, tanto política como económica, de la clase dominante griega en el

proyecto europeo. Segundo, la crisis de la deuda griega es parte orgánica de una crisis más amplia de la zona euro: los acontecimientos de Atenas provocan reacciones inmediatas de gobiernos y bolsas de otras partes, en mucha mayor medida que los de Buenos Aires.

La actual situación griega es distinta a la de cualquiera que hayamos visto en Europa Occidental después de la Segunda Guerra Mundial. A este respecto, los griegos podrían encontrarse de nuevo al frente de los acontecimientos históricos. En 1821, fue el primer país continental que alcanzó la independencia nacional; al decir «no» en 1940, fueron los precursores de la batalla contra el fascismo. Su levantamiento contra la dictadura militar en la década de 1970 inspiró a otros países del sur de Europa y de Latinoamérica que sufrían opresiones similares. ¿Es concebible que Grecia haga sonar de nuevo la alarma? La situación económica del país, ya calamitosa, empeora sin cesar. En estas condiciones, parece impensable que un gobierno presto a administrar una nueva dosis de austeridad a una población ya debilitada tenga una salida fácil.